

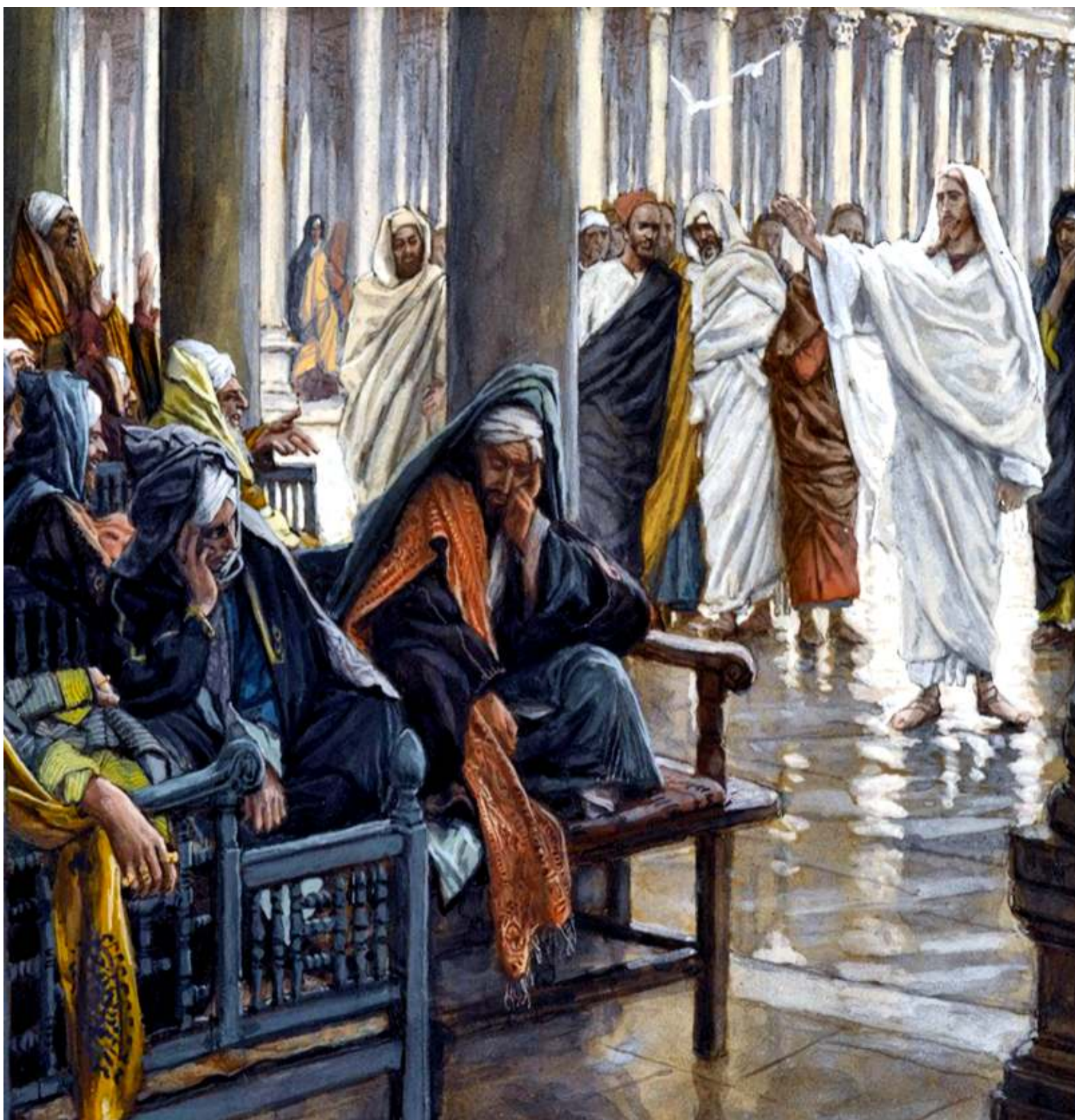
LUZ ENTRE LAS SOMBRAS



Jueves XXVIII
Tiempo Ordinario



***HONRAR A LOS
(PROFETAS)
MUERTOS PERO NO
HACER CASO
A LOS VIVOS.***



Lucas 11,47-54

**“A esta generación
se le pedirá cuenta
de la sangre
de todos los profetas
derramada desde la
creación del mundo.”**



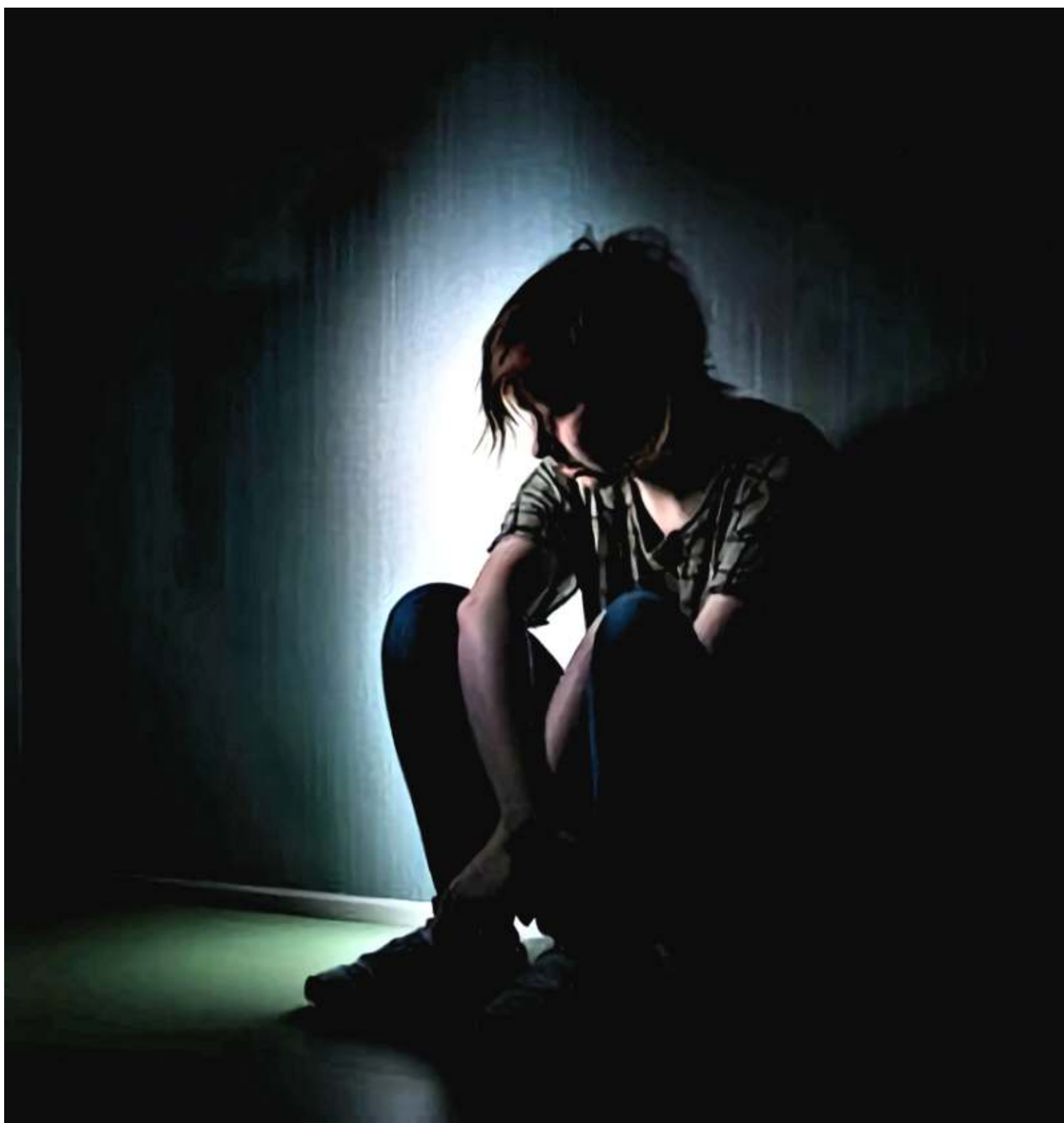
¿Nos quedan demasiado lejos estas advertencias de Jesús a los que mataban a los profetas de Dios? Pues es a nuestra generación a quien Jesús reclama hoy su sangre, porque su sangre corrió también por nosotros y también predicaron para nuestra conversión. ¡Cada generación participa en el mal del mundo! ¡Cada generación ha condenado a Jesucristo! ¡A cada generación se le pedirá cuenta de la sangre de Jesucristo derramada!



Con hipocresía y buena conciencia actuamos como aquellos que construían monumentos a quienes mataron a los profetas, sin convertirse, cada vez que en la Eucaristía escuchamos la Palabra de Dios con respeto y veneración, pero reducimos su voz a ideas que creemos sabidas, que pensamos que dominamos. Y no basta con comprender la Palabra de Dios: hay que conformar la vida a la Palabra. Es necesario vivir el Evangelio.



No basta construir templos, casas de asistencia social, fundar clubes de ayuda solidaria. La Iglesia de Cristo no puede quedarse en sólo la promoción social como una filantropía; es necesario hacer que la salvación sea parte de nuestra propia vida para que podamos llevarla también a los demás. La exigencia de unas relaciones de igualdad y en amor solidario enfrenta la injusticia y la muerte que se sitúa de espaldas a Dios y a los hermanos.



A pesar de lo que demos o hagamos, mientras no hayamos dejado de hacer daño, mientras continuemos siendo los responsables de poner en riesgo la salvación, la integridad, la estabilidad de las demás personas, no podremos llamar Padre a Dios y, más bien, Dios nos pedirá cuenta de la sangre inocente derramada, de las conciencias que hayamos destruido, de la pobreza que hayamos generado, y de las vidas que hayamos perjudicado.

**Dios nos habla hoy,
y nos reclama hoy,
la conversión profunda
del corazón:...**



**ojalá escuchemos hoy
su voz.**